

tres públicos

EN una misma semana me he encontrado formando parte de tres públicos distintos. Tres públicos de características precisas, que corresponden a una mentalidad diferente; y lo interesante, a los efectos de esta precisión sociológica, es que en los tres casos el precio de las localidades era aproximadamente igual de alto.

De esto podría muy bien deducirse que la evolución económica ha barrido, al menos hasta cierto punto, el viejo esquema del teatro caro, para unos pocos, y el teatro barato, para la gran masa.

Citaré los espectáculos: "Cocó", "La vida breve", y el nuevo programa del Circo Price.

"Cocó" es un vodevil terriblemente trivial, acomodado a la habilidad típica del género. Una de esas comedias "bien hechas" y aburridas; al menos desde una concepción vital del teatro. Es, por decirlo de otro modo, una de tantas comedias marginales a la vida humana, en las que se juega, se inventa, se dispara sobre materiales viciados en su origen. Porque jugar, inventar y disparar son tres verbos fundamentales a condición de que sigamos reconociéndonos.

Es seguro que "Cocó" va a contar con una gran audiencia femenina. Es un típico "teatro para señoras", para "público de sombreros", según expresiones ya tradicionales. La picardía facilona, el feminismo y el erotismo de personajes ya maduros, son cosas que no han solido fallar nunca: las señoras acuden.

El caso de "La vida breve" es distinto, muy distinto. Estamos, otra vez, ante uno de los puntos de partida, nunca aprovechados, de un teatro lírico nacional. Un esfuerzo indudable gobierna el trabajo de todos; esfuerzo y, en general, acierto. La orquesta, los cantantes, la dirección escénica, aplicados a la música de Falla, arrojan un "todo" que sería esperanzador si, a costa del teatro lírico en España, uno no hubiese perdido tantas veces la esperanza. El público está formado aquí, en general, por hombres. Hombres maduros, extraídos de los conciertos y de una difícil minoría que no ha estado de acuerdo con los pasos facilones de la zarzuela.

El tercer público del que quiero hablar es el del circo. Es curioso que sea en él donde se ve, de un modo real, esa unidad popular sobre la que tantas veces se teoriza en el teatro. El público del circo es un público desclasado, en el que puede verse a un escritor junto a un soldado o una señora de la calle Serrano. Cabría sostener que este fenómeno se produce alrededor de la sustancial unidad de los niños; que el soldado, el escritor y la señora están allí desposeídos de tales especificaciones, como si buscasen, entre sus hijos y los hijos de los demás, el salto a lo simple, a lo que no tiene trastienda, a lo que es exactamente igual a sí mismo. Viendo el programa del Price, me acordaba de todos los autores que han clamado por una libertad de creación. Y percibía, exactamente, hasta dónde es urgente que el espectáculo teatral se libere de sus retóricas, de sus clichés, de sus tonalidades grises, eternamente manejadas. No seré yo quien defienda la imaginación como valor decisivo del teatro. Están en juego muchas más cosas. Pero lo que sí trae el circo es una lección de libertad. Y en este orden, hay que ponerlo como ejemplo. Basta pasear la mirada por el círculo de público y ver que allí nos encontramos todos, conciliada la atención sobre el gran Don Saunders, el clown chaplinesco. Guardemos los libros durante una tarde y vayamos de teatro en teatro. El pueblo — todos — se ha ido al circo.

JOSE MONLEON

EOE



**BELLEZA
DEL
BUSTO**

**Serum "D"
Desarrolla
Serum "S"
Reafirma**



LANCASTER

Arrête la marche du temps